

Por el lado Nordeste, á dos kilómetros de distancia, encuéntrase Djeba, ó sea, la antigua Geba, en latín Gabaa ó Gebae, ciudad de la tribu de Benjamín, adjudicada con sus arrabales á la clase sacerdotal.

Este lugar está situado en la cumbre de un collado y cuenta como Ramah unos doscientos moradores. Sólo permanecen en pie unas treinta casas, pues de las demás sólo restan ruinas. Entre éstas son dignas de mencionarse las de una fortaleza, cuya base, formada de muy antiguos sillares, está sentada sobre el punto culminante de la plazuela. A la época de los sillares remóntanse quizás las sepulturas y cisternas abiertas en la peña. Todavía existe allí un santuario musulmán llamado Nebi-Yacub (profeta Jacob).

Atravesando el Ued-Sucinit que serpentea al Norte de Djeba, y subiendo al Nordeste por empinadas cuestas llégase á poco á la aldea de Mukhmas, hoy casi del todo desierta; sus casas están construídas con materiales antiguos, é indican igualmente tiempos muy remotos los vestigios de cisternas, de silos y de edificios, de los que sólo restan algunos cimientos. Este pueblo ocupa el lugar de la antigua ciudad de Mikhmach, en latín Machmas.

Dícese en el libro de Isaías que Sennacherib al marchar contra Jerusalén dejó sus bagajes en Mukhmas para no verse embarazado con ellos al atravesar los caminos intransitables entre aquella ciudad y la de Geba.

La destrucción de Mukhmas ha de atribuirse á los siglos quinto ó sexto de nuestra era, pues si es verdad que Eusebio y San Gerónimo la mencionan como ciudad importantísima, no es menos cierto que en la Edad Media se ignoraba su verdadera posición, pues vemos que las crónicas la confundían con la antigua Beeroth.

A primera vista sorprende ver el camino que sigue dominado á derecha é izquierda por colinas que se escalonan unas con otras, distinguiéndose en todas ellas ruinas de más ó menos importancia; pero aminórase la admiración al recordar que aquella tierra fué sumamente poblada: en época de David ascendió la población á más de seis millones de habitantes. Añádase á esto que aquella tierra era por demás fructífera, permitiendo exportar sus productos en grande escala. Hoy apenas cuenta trecientos mil habitantes; á la antigua abundancia ha sucedido la escasez, y reina la miseria entre los habitantes de aquella tierra que antaño permitía á sus moradores vida holgada.

Las cisternas, los estanques, las sepulturas y los cimientos de casas y edificios que, á dos kilómetros y medio al Noroeste de Mukhmas, se hallan esparcidos por la actual aldea de Deir-Dinan, hacen más acep-

table la opinión de aquellos autores que admiten haber estado asentada allí la considerable población de Ai. Otros autores la colocan en Tell-el-Hadjar, montecillo escarpado que debe su nombre á montones de piedras irregulares de pequeñas dimensiones, restos de casas por completo destruídas, que se encuentran en la cumbre. Unos y otros están conformes en que alguna de las mencionadas ruinas hubo de ser la ciudad de Ai.

El encadenamiento natural de los sucesos nos hizo ocupar ya en otro lugar de la importancia que tuvo Ai, ó Hai, en las empresas de conquista á que se entregó el pueblo de Dios capitaneado por Josué. Este mandó, como queda dicho, después de la toma de Jericó, exploradores para conocer la posición y fuerza de Ai, y éstos, á su regreso al campamento de Gálgala, afirmaron que para reducirla bastarían tres mil hombres. Creyóles el caudillo, y envió tres mil soldados contra Ai; pero su esfuerzo se estrelló en el de los ciudadanos, los cuales después de dar muerte á muchos salieron persiguiéndolos hasta Sabarim. Esta derrota de los israelitas fué castigo del cielo por haber contravenido al mandato del Señor que les había prescrito no sustrayeran cosa alguna del anatema fulminado contra la ciudad culpable de Jericó. Aplacada la justicia divina con el último suplicio de Achán y su familia, reos del delito, emprendióse nueva expedición contra Ai.

Para esta segunda expedición Josué usó de estrategia. Envió algunos miles de hombres que se emboscaron á espaldas de la ciudad, y después con el resto de su escogido ejército fué á presentarse delante, á alguna distancia de las murallas. Cuando vió esto el rey de Ai apresuróse á salir de mañana con todo el ejército que había en la ciudad y encaminó sus tropas hacia el desierto, sin saber que dejaba una celada á sus espaldas. Josué y todo Israel fueron cediendo el terreno, fingiendo miedo y que huían por el camino del desierto. Sus enemigos les persiguieron, dando gritos y alentándose los unos á los otros. Ya estaban lejos de la ciudad, sin que hubiera quedado ni siquiera uno, cuando Josué alzó su broquel, según otros, su lanza, hacia Ai. Salieron al punto los que estaban en la emboscada; y encaminándose hacia la ciudad, tomáronla y la incendiaron. Mas los hombres que habían perseguido á Josué, mirando atrás y viendo el humo de la ciudad que subía hasta el cielo, no pudieron ya huir ni á una parte ni á otra, atacados á la vez por los que habían simulado huir y por los que acababan de tomar la ciudad; no se salvó uno solo. El rey fué hecho prisionero, presentado á Josué, y suspendido en una cruz hasta la noche, siendo arrojado su cadáver á la entrada de la ciudad, bajo un montón

de piedras. Hubo doce mil muertos en aquel día, entre hombres y mujeres, todos de la ciudad de Ai. Los ganados y lo restante del botín fueron repartidos según la orden dada.

La situación de las ruinas llamadas El-Kudeireh y las hondonadas profundas que las rodean dan perfecta idea de las varias circunstancias del relato bíblico.

Josué se propuso condenar la ciudad de Ai á ser para siempre un sepulcro: y si bien parece deducirse de la descripción que hace Isaías de la marcha de Sennacherib que debería haber sido reedificada, en tiempos de Eusebio y San Gerónimo era Ai un desierto y sólo ruinas.

Prosigamos el camino emprendido y que cruza dilatada llanura; dejando á un lado Ramallah, aldea habitada por varias familias cristianas, latinas y griegas, nos conducirá á El-Birch, ó sea, la antigua ciudad de Beeroth, nombre que equivale á *pozos* ó *cisternas*, y que seguramente recibiría de las aguas en que la comarca abunda. Cuando los hebreos llegaron á la tierra prometida formaba Beeroth con Gabaón, Caphira y Cariathiarium la confederación que, conforme hemos visto, se libró del exterminio por el ardid imaginado por los gabaonitas; fué adjudicada á la tribu de Benjamín.

Algunos autores suponen que á sus afueras crecería la palmera debajo de la cual Débora juzgaba, conforme hemos dicho, al pueblo; fúndase esta opinión en lo que dice la Sagrada Escritura: esto es, que juzgaba al pueblo debajo de una palmera existente en el camino que une Rama y Bethel. Beeroth era la patria de Baana y de Rechab, caudillos de Isboseth, hijo de Saul, y de caudillos se hicieron asesinos, los cuales, al saber el trágico fin de Abuer, presentaron á David la cabeza del príncipe Isboseth.

Es tradición que José y María, así que llegaron á Beeroth, se apercibieron que el niño Jesús, que contaba entonces doce años, se quedó en la ciudad. He aquí cómo lo refiere el evangelista San Lucas: «El niño Jesús iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría; y en él estaba la gracia de Dios. Iban sus padres todos los años á Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua; y siendo el niño ya de doce años cumplidos, habiendo salido á Jerusalén según solían en aquella solemnidad. Acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen, antes bien, persuadidos de que venía con alguno de la comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen retornaron á Jerusalén en busca suya; y al cabo de tres días de haberle perdido, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doc-

tores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba, y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría, y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados. Y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando.» Y él les respondió: «¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi padre?» Mas ellos por entonces no comprendieron el sentido de la respuesta. En seguida se fué con ellos á Nazareth; y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón.»

El pueblo de El-Birch, situado á tres horas largas de Jerusalén en el camino que guía á Nazareth, es de tiempo inmemorial, á causa de su copiosa fuente, el punto de la primera parada de las caravanas que se dirigen de la Ciudad Santa á Samaria y Galilea, y allí acaban la jornada y pernoctan aún ahora los que han emprendido el viaje ya muy entrado el día ó se componen de hombres, mujeres y niños. Por esto, aunque lo calle el evangelista, la tradición que fija constantemente en El-Birch el suceso referido puede invocar en su favor estas circunstancias que lo hacen más que probable.

Al objeto de perpetuar este suceso del evangelio edificóse una iglesia en la parte más alta del pueblo. Medía treinta y dos metros á lo largo por dieciocho á lo ancho; constaba de tres naves terminadas al oriente por otros tantos ábsides; los muros, excepto los de la fachada, permanecen en pie; sus bóvedas, desplomadas hace dos siglos, eran sostenidas por arcos apuntados. Atribúyese su erección primitiva á Santa Elena. Posteriormente, en época de las Cruzadas, fué reconstruída y dedicada á la Santísima Virgen.

En esta época El-Birch fué llamado Castillo de la Mohemería por la fortaleza que allí se levantaba, y edificáronse un convento y un hospital de los cuales no aparecen ya más que ruinas.

Hemos llegado ya por la parte septentrional á los límites de la Judea; la tierra de Samaria, menos montañosa y más feraz, se extiende delante de nosotros, mas nos toca retroceder para visitar los lugares más venerandos de la Judea, Jerusalén y sus religiosos é históricos monumentos.